



¿CANTA?... ¿CHORA?



Era día grande. Día de festa. En el Palacio de los Deportes de Lugo se celebraba alguna competición deportiva. No importa cual. En el intermedio, salieron a la cancha un par de gallegos. Dos hombres, vestidos con el traje típico. Luego, otro más que, si por vestimenta desentonaba entre ellos, por arte y sentimientos casaba a la perfección. Los agudos sonos llenaban el recinto. Lo decían todo:

"Dice la gaita el hórreo y la cabaña.
Los húmedos canchales...
el subir y bajar de la montaña...
los ríos torrenciales...
el orballo que empapa los maizales..."

(Manuel Machado)

El tamboril daba el contrapunto a los agudos sonos. Quedaban, si cabe, oscurecidos por ellos. Sólo figuraban los "guitaiteiros", verdaderos "padres" de la música gallega.

El "guitaiteiro" fue cantado con profusión en el romancero gallego. Curros Enríquez hace descripción del Guitaiteiro de Penalta, verdadero representante de estos personajes, casi de fábula:

"Non houbo no mundo enteiro,
mais arrogante guitaitiro,
que o guitaitiro de Penalta.
Sempre retorcendo o bozo,
erguida sempre a cabeza,
daba de miralo gozo:
era un mocíño... ¡qué mozo!
era unha peza... ¡qué peza!
"...cando a tocar,
se puña o guitaitiro lindo,
cantos víñan pra bailar,
si escomezaban sorrindo,
acababan por chorar".

¿Qué tiene la gaita que cuando suena sentimos que se nos atraviesa algo en la garganta? Y no sólo eso... Cuando suena, sentimos como erizárenos el cabello, no sé si de placer, o de dolor saudoso. Nos trae recuerdos de niñez o juventud. Nos trae hogar, tierra, amores, alma... Nos trae la vida. Nos trae a... Galicia.

Muchos han intentado definirla. Las mejores definiciones se encuentran en la lengua de los poetas. Poetas, hombres-niños, que cantan sin cesar.

"Eres amante, sentida queixa,
que xa se chega, que xa se aleixa...
entre concertos de vibracións;
cun mesmo tono, ti ris e choras,
ris coas tuas notas arroubadoras
ise constante e práciso son,
a voz do xenio que o mundo corre,
o ¡ay! doorido d'aquel que morre...
os doces cantos do rusiñol" (Lamas Carvajal).

Pero el verdadero problema no estaba, para los poetas, en definir la gaita, sino en analizar su son. ¿Era lamento, o canto de gozo? ¡Quien lo supiera! Más bien considero que se entremezclan ambas sensaciones, ambos sentimientos, según es el estado de ánimo de quien la escucha. Para unos, es canto alegre y gozoso de las excelencias de nuestra tierra; para otros, es grito desgarrador de los trabajos, pesares y sudores de la dura vida gallega.

Decía Ventura Díaz Aguilera:

"Recuérdame aquellos cielos,
y aquellas dulces auroras,
y aquellas verdes campañas,
y el arrullo de sus tórtolas,
y aquellos lagos, y aquellas
montañas que al cielo tocan,
todas llenas de perfumes,
vestidas de flores todas,

donde Dios abre su mano,
y sus tesoros agota;
mas, ¡ay, como me recuerda,
también que hay allí quien dobla,
en medio de la abundancia,
al hambre la frente torva,
no acierto a deciros si canta o si llora”.

La responde Rosalía, nuestra Rosalía, con su
“garimoso” lenguaje:

“En vano a gaita tocando
unha alborada de gloria,
sons polos aires espalla,
que can nas vebrantes ondas;
en vano baila contenta,
nas eiras a turba louca,
qu’aqueles sons tal m’afrixen,
cousas tan tristes me contan,
que eu podo decirche,
non canta, que chora.

... ..
E cando a gaita gallega,
alo nas Castillas oyas,
ô te corazón pregunta,
vérás que che di en resposta,
que a gaita gallega,
non canta, que chora”.

Hace muy poco me preguntaron si no consideraba que la poesía de Rosalía era demasiado llorea, demasiado femenina (en tono despectivo), demasiado lacrimógena. Respondí que no. Que eso podría parecérselo a cualquiera que aquí estuviese, que nunca hubiese salido de Galicia, y que le importase muy poco la forma de ser de nuestra región y gentes. Que, quien analizase los sentimientos de nuestro pueblo, y considerase las penalidades, el dolor y la soledad de un emigrante en tierra extraña, podría, ya, comprender, en toda su extensión, esta poesía. No sé si fui muy convincente. Convencido, sí que lo estoy.

¿Canta?... ¿Llora?

Para aquel que no tiene demasiadas preocupaciones por los demás, ni por sí propio, para aquel que sólo considera de Galicia su verdor, su paisaje, sus valles floridos y sus gentes como merecedores de su ancestral ignorancia..., para ese, la gaita no puede menos que “espallar” sonos de gloria, de cantos, de alegría, de bullicio festero...

Para aquellos otros (felices ellos) que logren comprender el pueblo, la gente, entrar en la raíz, en la esencia de Galicia, la gaita llora... llora apesadumbrada los trabajos de sus hijos. De los de dentro y de los de fuera. Desea, para todos, consuelo. Desea, para todos, un mundo mejor... La gaita, llora, pero llora esperanzada. Sabe que sus hijos, los hijos de Galicia, tienen su porvenir en sus manos. Que, de ellos, depende su propio porvenir. Que, de su trabajo, su valentía, su tenacidad, saldrán los frutos deseados.

La gaita llora, pero desea que los hijos de sus hijos, nuestros hijos, quieran más a Galicia (todavía) de lo que nosotros la amamos, que trabajen por ella, sin desmayo, sin descanso...

Entonces, cuando todos estemos empeñados en el quehacer, en el bienestar común, la gaita cambiará su son. Lo cambiará tan imperceptiblemente, que el oído humano no lo percibirá. Pero, en cambio, el corazón de los buenos gallegos sintonizará con el sentir de la gaita, y sabrá que la gaita, la gaita gallega, ya no llora... no. Ya canta, de felicidad... ¡Que pueda ser pronto!

JULIO GIZ RAMIL